

CAJAL, Máximo. *Sueños y pesadillas. Memorias de un diplomático*, Barcelona, Tusquets, 2010, 356 pp.

El historiador espera encontrar en las Memorias de un destacado funcionario público alguna luz sobre el periodo en el que desempeñó su trabajo y datos acerca de su papel en acontecimientos relevantes vividos desde la primera fila. Pero, en muchas ocasiones, no lee más que una serie de justificaciones personales que enturbian la realidad y añaden confusión. En este libro no es así. El embajador Máximo Cajal aporta información y lo hace añadiendo matizaciones valiosas al recuento de sus experiencias diplomáticas.

Cajal ha sido embajador de España en Francia (1994-1996), Suecia (1983-1985) y Guatemala (1979-1980), además de representante español en la OTAN (1990-1991). También ha sido secretario general de Política Exterior (1985-1988) y subsecretario de Asuntos Exteriores (1991-1994). Como diplomático vivió la última década del franquismo, viajó con los Reyes y el presidente Suárez explicando la nueva realidad española durante la Transición y ocupó cargos de alta responsabilidad con el gobierno socialista en las décadas ochenta y noventa. Con este bagaje profesional, sus anotaciones personales son necesarias para entender mejor ese largo periodo de la política exterior española, que, esquemáticamente, va desde el final del régimen de Franco hasta su renuncia a la Embajada de París (1996), recién llegado José María Aznar a la Presidencia del Gobierno. El libro también recoge reflexiones al hilo de otros destinos posteriores, ya de menor importancia, desempeñados hasta su jubilación en 2002.

Las aportaciones sustanciales de Cajal para el conocimiento de esa etapa se centran en dos hechos: el asalto a la embajada de España en Guatemala, en enero de 1980, “un destino que cambió mi vida y la marcó de manera indeleble”, reconoce; y la nueva configuración del papel de España en la política de defensa y seguridad, con especial mención al capítulo de la renovación del Convenio de Cooperación para la Defensa con Estados Unidos, suscrito en diciembre de 1988.

Guatemala fue su primer destino como embajador. A su llegada, el país soportaba la dictadura del general Lucas García. Cajal, en el desempeño de su labor, estableció contacto con los indígenas y visitó sus poblaciones en El Quiché. Poco después, un grupo de campesinos irrumpió en la cancillería y pidió la protección española. Los militares asaltaron el recinto diplomático, que empezó a arder. Murieron 38 personas, entre ellas el consejero de la Embajada, Jaime Ruiz del Árbol. Sólo el embajador, con graves quemaduras, y un dirigente indígena pudieron sobrevivir y fueron llevados a un hospital. Lo peor estaba aún por venir. El guatemalteco fue secuestrado en el mismo centro sanitario y apareció asesinado horas después. Cajal salvó su vida gracias a la intervención del embajador de Estados Unidos, que lo refugió en su Embajada. España rompió relaciones con Guatemala, que no se restablecieron hasta 1984. Pero Cajal -autor de un libro sobre la tragedia, publicado en 1999- hubo de sobrellevar durante muchos años la acusación velada de haberse excedido en su atención a los indígenas. Tal acusación fue alimentada desde sectores conservadores y también por

algunos compañeros en los despachos de Santa Cruz. Ha pasado mucho tiempo pero parece que aquella herida no se ha cerrado todavía.

Años después, siendo Fernández Ordóñez ministro de Exteriores, Máximo Cajal fue nombrado primer secretario general de Política Exterior. Se trataba de conseguir la siempre pretendida unidad de acción exterior. Sin dejar ese puesto, encabezó la delegación española que había de negociar la renovación de los acuerdos con Estados Unidos. “Aspirábamos a un nuevo modelo de relación, menos militarizada y más igualitaria”, escribe. Las conversaciones empezaron en octubre de 1985 y se prolongaron durante tres años. A su término, España consiguió cumplir los compromisos del referéndum para la permanencia en la Alianza Atlántica, fundados en la reducción significativa de la presencia norteamericana en nuestro país. Era un cambio transcendental en la relación militar con Washington, iniciada en 1953.

Si la dureza de la negociación fue manifiesta, también lo fue, aunque de manera soterrada, el enfrentamiento que el jefe de la delegación española mantuvo con determinados informadores adscritos a periódicos conservadores. En este punto, resulta de gran interés el análisis de las relaciones entre los medios informativos y la acción diplomática, así como el juego de intereses que discurre paralelo a toda negociación. Es un ángulo que no se ha estudiado y aporta perspectivas nuevas para el conocimiento de la política exterior, con referencias claras –y en este libro se hacen– a las filtraciones periodísticas promovidas por algunos negociadores.

La experiencia de Cajal con los corresponsales diplomáticos ha sido muy dilatada. Su primer destino en la Oficina de Información Diplomática del ministerio de Asuntos Exteriores se remonta a 1973 y fue su responsable entre 1978 y 1979, lo que le convirtió en un directo colaborador del ministro Oreja, con el que, sin embargo, “nunca hubo gran sintonía”.

En estas Memorias se recogen las peripecias de los médicos militares españoles adscritos a una base norteamericana en medio de la guerra de Vietnam, o los elogios del ya retirado De Gaulle a Franco en el Pardo, en la entrevista en la que el autor actuó como traductor. También los detalles de la última fase negociadora para establecer relaciones plenas con Israel o la inevitable vinculación entre los procesos de adhesión a la CEE y a la OTAN. En este punto el autor se declara atlantista y dice que nunca entendió “la ficticia neutralidad de España en los tiempos de Adolfo Suárez”. Asimismo, Cajal revela con minuciosidad las maniobras internas en el ministerio de Exteriores derivadas de los cambios de gobierno. Su aportación ayuda a entender el proceso interno –nunca fácil– experimentado en el palacio de Santa Cruz durante la Transición, por el que su plana mayor fue reconvirtiéndose al sistema democrático.

El autor, finalmente, reflexiona sobre el tradicional desencuentro hispano-portugués y la “afrenta” de Gibraltar, “un peligro medioambiental, económico y financiero”, al que ya se refirió en una obra anterior sobre los límites de España, publicada en 2003. También opina sobre la base de Rota, que tiende a convertirse “en un segundo Gibraltar”. En todo momento parece sincero. No oculta sus opiniones personales o ideológicas. Dice que ingresó en el PSOE en diciembre de 1999, ya al final de su trayectoria como diplomático. Comenta Cajal en el epílogo que no ha escrito estas memorias para justificarse de nada y que, a estas alturas, “únicamente cabe mantener el tipo con cierta dignidad”.

Unas Memorias no son un libro de historia, pero éstas aportan datos de interés para el conocimiento de un periodo reciente e importante de la nuestra.

Juan Manuel FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ-CUESTA
Universidad Complutense de Madrid
Jmfer5@yahoo.es

JUDT, Tony. *Algo va mal*, Madrid, Taurus, 2010, 220 pp.

Tony Judt (Londres, 1948 – Nueva York, 2010) alcanzó a ver el comienzo de la gran crisis económica que se inició en Estados Unidos a finales de 2008 y se extendió por Europa en los meses siguientes. Ya estaba afectado por la enfermedad (una esclerosis lateral amiotrófica) que le fue paralizando progresivamente hasta su muerte. En circunstancias tan adversas logró dictar sus últimas reflexiones en un libro breve y directo, que es un diagnóstico de la sociedad de nuestro tiempo. Resumió sus ideas sin concesiones, sabiendo que no están de moda, y empleando las palabras justas. Para algunos es su testamento político. Pero quizá sea más que eso: una última llamada a la cordura colectiva que, por otra parte, ha sido acogida con inusitado interés, al menos en España, con tres ediciones en sus tres primeros meses de venta.

El autor de *Postguerra* (publicada en 2005) -un monumental estudio de la Europa posterior a 1945- reivindica en su última obra el espacio público y defiende el papel del Estado en la sociedad de nuestros días. Se sitúa así frente a los economistas y gobernantes que, siguiendo a Thatcher, han creído que “la sociedad no existe y sólo hay individuos y familias”. Reagan, Clinton, Blair, Bush... han llevado al mundo por el camino del liberalismo económico en las últimas décadas. El resultado ha sido, en su opinión, que “hemos hecho una virtud de la búsqueda del beneficio material; de hecho, esta búsqueda es todo lo que queda de nuestro sentido de un propósito colectivo” (p. 17). El enriquecimiento rápido no puede ser el único ideal de nuestro tiempo, hay que recuperar el sentido moral y crítico. “Lo que nos falta - dice- es una narración moral” (p. 174).

Judt rescata las raíces del pensamiento socialdemócrata. Vuelve a Keynes y se apoya en Dahrendorf. La crisis ha aumentado la desigualdad y ésta trae la pérdida de cohesión social, lo que es “preocupante desde el punto de vista moral, y además es ineficaz” (p. 176). Por eso, es necesario repensar el Estado y que la izquierda europea recupere su papel, porque en tiempos como los actuales “la misión del Estado no es sólo recoger los pedazos cuando estalla una economía insuficientemente regulada. También lo es – añade – contener los efectos de las ganancias inmoderadas” (p. 192).

Las reflexiones de Judt se fundamentan en su vasto conocimiento de la historia europea. Considera que no es posible entender lo que nos pasa sin mirar atrás, pues “estamos arraigados en la historia” (p. 216). En una obra anterior, *Sobre el olvido siglo XX* (2008), ya alertó sobre el desconocimiento del pasado reciente y se lamentó de que aquel bagaje de experiencias “esté ya casi olvidado”.